

*Porque estás vivo* (34).

El mundo, vibratorio y mudo a la vez, surge por el resultado de un contacto. Por tal razón, el mar es *un labio de amor hacia las playas* (35), y es posible que me beses a veces *tan luminosamente, tan silenciosa y puramente como la luz* (36). Si el mar y la luz amplifican el beso, y el paisaje se trastorna a carcajadas cuando hay *dos cinturas amándose* (37), encontrar la diversidad del universo consiste en tocar *leve tu mano, leve toque*, de la misma manera que Dios y Miguel Angel rozan el dedo de Adán —o su reverso, nada—, y existen cuerpos que se funden o salen *por el hilo delgado de la voz, o por el calor de la mano reconocible* (38).

Pero la serenidad o el goce táctil es discontinuo. Acabamos de verlo: gritan las hojas de lechuga, el cesto de papeles comunica ausencias, hay mixturas miserables. Inclusive, sumergirse en el *cuerpo deshecho de noche* (39) envía a las convulsiones sin cesar del mundo, los estallidos sísmicos, las batallas.

*... muros donde el rumor de los besos rompía* (40).

---

(34) No tengo datos sobre el anónimo interlocutor de esta carta, salvo un poema que, al asociar el día lunes con la muerte, se enlaza irónicamente con las últimas palabras del también anónimo «hombre que pedía señales a las cosas». El poema se llama *Toda jornada propicia* y pertenece a una gran amiga del interlocutor anónimo (presumiblemente muerto): Mariana García-Zamora. Dice así:

*Hoy es lunes y está por llover  
tal vez por la tarde  
vayamos a un entierro  
la mujer sin cabello  
se ha puesto a trabajar  
(un aire turbulento  
penetra los huesos  
infecta el pensamiento)  
Hoy es lunes y está por llover  
quién sabe si mañana  
encenderemos el fuego  
la mujer sin cabello  
se ha puesto a trabajar.*

La misma autora, abriendo la serie que contiene este poema, introduce como epígrafe un texto de Alejandra Pizarnik: «Escribir es buscar en el tumulto de los quemados el hueso del brazo que corresponda al hueso de la pierna. Miserable mixtura. Yo restauro, yo reconstruyo, yo ando así de rodeada de muerte.» Y agregaría *un ejército de hormigas, camino de la lengua* (*Ser de esperanza y lluvia*, de «Pasión de la tierra», en *OC*, p. 187).

(35) *Los inmortales*, de «Sombra del paraíso», en *MPM*, p. 156.

(36) *Padre mío*, de «ídem ant.», p. 158.

(37) *Silencio*, de «Espadas como labios», en *MPM*, p. 67.

(38) «No queremos morir», en *HC*, p. 168.

(39) *Noche sinfónica*, de «La destrucción o el amor», en *MPM*, p. 88.

(40) *Ya no es posible*, de «Mundo a solas», en *MPM*, p. 125.

El rumor de los besos (como el del mar) crece progresivamente hasta la ruptura contra muros y rocas (como las olas): el estallido último. El rumor y el grito son los dos extremos del proceso. Puede la vida explicarse así. Y acaso también la poesía se vaya gestando rumorosamente, y termine en una interjección. La tendencia a la síntesis, a concentrar en pocas palabras —aunque la poesía sea y no sea cuestión de palabras—, el universo: ah, oh, ea, eh, tate, vamos, ca, ay, el jadeo de la asfixia, el del aliento trocado. *Gluglú del des-agüe* (41).

Hago hincapié, cuando escucho el murmullo de tu cuerpo que se mueve y se acerca, *te penetro callando mientras grito o desgarrro, / mientras mis alaridos hacen música o sueño* (42), y afuera se emperra una disonante conjunción de ayes, prolongadamente, todas las contorsiones y los rictus del dolor humano, gimoteos, puros sonidos guturales. Que enmudezca el mundo, señores, que enmudezca a fondo y de una vez por todas, que no se rompa el cristal que lo hace inoíble, y que entre muros de cristal pasemos vacaciones en el jardín de las delicias, aunque tengamos que pagarlas en cuotas y cada esfuerzo, cada cuota, sea una especie de sofisticada tortura, sin ruido ni nada que se le parezca. Pero *hoy es difícil ignorar el ruido* (43), porque *la palabra limita con el hombre, es el hombre. La palabra gimiendo, la palabra escuchando... La palabra escupiendo, apostrofando, reuniendo* (44).

Sin embargo, perseguimos al tiempo ilusionados. Pasamos el tiempo ilusionados. Creyendo que detrás de cada rostro, el tuyo extenso, humano y animal, el del agua que se escurre, el de la etiqueta de una botella que compartimos y vaciamos, el de la luna y sus diversas caras, despedazándose y recomponiéndose mientras vigila las mareas fluentes y refluentes, detrás de cada rostro quedan gritos, *un alarido suspenso, la gesticulación sin tiempo* (45). Luchamos, enton-

---

(41) Beckett, Samuel: *Malone muere*, trad. de Ana María Moix, Lumen-Alianza, Barcelona-Madrid, 1969, p. 182.

*Interiectio-onis* designa la acción sustantiva correspondiente al verbo *interiacio* (supino *interiectum*), compuesto de *inter* más *iacio*, arrojar, lanzar entre, es decir, «interponer». Semánticamente interjectivos son los deseos de Alexandre de encontrar gritos que surgiendo del subsuelo hieran el cielo como dardos, que sean *estacas de silbo*, que sean *lo hincado* (*Quiero saber*, de «La destrucción o el amor», en *MPM*, p. 90).

(42) *El más bello amor*, de «Espadas como labios», en *OC*, p. 270.

(43) *Diálogo de los enajenados*, de «Diálogos del conocimiento», en *MPM*, p. 365.

(44) *La oreja-la palabra*, de «En un vasto dominio», en *MPM*, p. 247.

(45) *Rostro final*, de «Poemas de la consumación», en *MPM*, p. 311.

ces, para conseguir el ideal de Maravillas, la maja, en su monólogo al lado de la Vieja:

*Soy de mí, soy de nadie. Pero corro brillando  
y me embebo. De nadie. Pero en todos me veo.  
Soy la luna de noche, desnudada y arriba,  
pero fresca en los labios, pero fresca en los ojos.  
Sí, de nadie, de todos (46).*

La maja, maravillosamente, ha hecho votos de prostituta sagrada. Luna trotera, hetaira, luna de todos y de nadie. De tu fresco antojo viene la costumbre de la desnudez. Espejo de la multiplicidad del mundo, el teatro es tu salsa, así como todas aquellas artes y actividades en las que el hombre pierde su identidad inmutable, y se entrega a los otros. Gracias a la liturgia de la prostitución (espejo y espectáculo), reconocemos que somos más. Ser es divertir, y la mezcla o la impureza no impide ver que *mi voz no es la tuya / y que cuando solloces tu garganta / sepa distinguir todavía / mi beso de tu esfuerzo / por pronunciar los nombres con mi lengua (47)*. Escribir o leer poesía permitiría, entonces, encontrarse con otros personajes, otras experiencias. Disfraces a granel: consultad, si no creéis, a Eugenio Trías, filósofo del carnaval. Cuerpos dispuestos al goce: vuestro lugar está en la poesía y sus hermanas, fundadoras del prostíbulo sacro. Que así sea.

Aunque la poesía esté hecha de voces o de puños, resonará el eco del eco del eco de discursos donde el amor es una estampita piadosa con marco de alambre de púas, de discursos para festejar la vuelta de hítler, que resucitará al tercer día decidido a prohibir *El dictador*, de Charlie Chaplin, porque encuentra a Pinochet mal parecido, y no lo bastante atrayente para hacer un incesto *comm'il faut*. Resucitará además para ocultar la muerte, taparla, cercenarla, pero no lo encontrará fácil, porque *los muertos, cuando golpeados, / cuando asestados contra el artero granito, salpícan. Son materia. / Y no hieden. Están aún más muertos, / y se esparcen y cubren, y no hacen ruido (48)*.

Y no lo encontrará fácil porque los pedazos son testigos para los arqueólogos. Antes o después de nuestra era sigue la humedad en las zonas bajas, y uno puede penetrar en la tierra, encontrarse un

---

(46) *La maja y la vieja (En la plaza)*, de «Diálogos del conocimiento», en *MPM*, p. 354.

(47) *La palabra*, de «Espadas como labios», en *OC*, p. 249.

En la presentación de los «Diálogos del conocimiento», Aleixandre explica: «*Intenté crear una serie de personajes distintos del autor y diferentes también entre sí que me sirvieran como perspectivas u órganos de conocimiento a cuyo través se pudiera ofrecer la multiplicidad como tal del universo*» (en *MPM*, p. 337).

(48) *Si alguien me hubiera dicho*, de «Poemas de la consumación», en *MPM*, p. 323.

manantial (cosa que no podemos asegurar, pero así vivimos), hallar las huellas de un salpicón original. *Quien murió aún respira* (49), y *sólo falta que un puño, / un miserable puño me golpee, / me enarbole y me aseste, / y que mi voz se esparza* (50), y comenzaremos a analizar molécula a molécula de esa tierra bebedora, que traga y expulsa como la boca, llegar hasta el murmullo que gesta gritos, el grito mismo, *una velocidad hecha de gritos* (51).

Los días son tan lentos.

*No hacen ruido las voces, ni los pasos* (52).

Lamo con mi lengua ajada la tierra que pisaste, *no era dura la tierra, mis pasos resbalaban como mudas palabras sobre un césped amoroso* (52), toco tus pasos, recorro lentamente las huellas de tus pies sobre la tierra, tan puta como la luna, de todos y de nadie. Quiero entrar, *quiero pisar* (53), entrar en el sagrado burdel que sigue firme dirigiendo, soportando sismos, cataclismos, gases tóxicos, las apisonadoras y la pólvora, manos en alto, discursos, abusos. Quiero encontrar tu saliva, *esos cabellos, raíces o cuerdas de saliva extensa* (54).

De otro modo, poema diverso, poema inmundo mundo, país de balas y ordenanzas que no cesan de llover, de otro modo, bocas llenas de alcohol y gritos mudos, mundo de besos y pisadas, *mundo besado y vívido* (55), de otro modo, mudo mundo: *¿me acabaré sin oírte?* (56).

MARIO MERLINO

Plaza de España, 9, 3.º izq.  
MADRID-13

(49) *Los amantes viejos*, de «Diálogos del conocimiento», en *MPM*, p. 346.

(50) *Si alguien me hubiera dicho*, de «Poemas de la consumación», en *MPM*, p. 323.

(51) *Verbena*, de «La destrucción o el amor», en *MPM*, p. 92.

(52) «En el lago», de *HC*, p. 153.

(53) *Luna del paraíso*, de «Sombra del paraíso», en *OC*, p. 528.

(54) Título de un poema de «La destrucción o el amor», en *OC*, p. 404.

(55) *Por último*, de «Espadas como labios», en *OC*, p. 278.

(56) *Dos vidas*, de «Diálogos del conocimiento», en *MPM*, p. 374.

(57) *El amor no es relieve*, de «Pasión de la tierra», en *MPM*, p. 46.

*Posdata.*—Después de escribir la pregunta final, y como suele suceder, pensé si no se podrían evitar los finales, formas de la despedida y de la muerte. Si no sería éste el momento más oportuno para escribir una oración definitiva, rezándola con fragmentos de esta sucesión de imprecisiones para extender al infinito lo hecho hasta ahora. Me imaginé también, como un *infans*, como quien no habla, que aquí no había pasado nada o, en todo caso, me había ocurrido lo mismo que a Macedonio Fernández: cuando estaba en camino hacia la casa de Borges, se dio cuenta de que se había olvidado de salir de la suya. Por esa razón me imaginé también que arrugaba los papeles escritos y los convertía en plantillas de mis zapatos. No perdía, desde luego, la esperanza de que así podrían sentirse menos vacíos. ¿O eran los zapatos del anónimo que usaba barro blanco para combatir el sudor?

Recordé a tiempo que habían quedado las puertas entreabiertas. Y que si no nos entrenamos en el sobresalto, *la costumbre nos va tejiendo, diariamente, una telaraña en las pupilas* (Oliverio Girondo). Sin pensarlo dos veces, comencé a susurrar y terminé en un grito: «Abran la puerta, señores, que esta es feria de besos en la boca.»